En honor de nuestro Director

EL BANQUETE DEL LUNES

[illegible] lunes por la noche, en los salones del Grand Hotel Lanata, [illegible] que los amigos, compañeros del señor Edua do Ferreira [illegible] felicitaban con motivo de haber asumido el cargo de director de esta hoja. En la imposibilidad de poder [illegible] crónica de ese acto, por causas fáciles de explicar, [illegible] más de algunos de nuestros lectores, ya que de todos nos sería materialmente difícil hacerlo, los detalles que en sus columnas regala [illegible] ayer.

Demostración elocuente de las muchas simpatías con que cuenta el señor Ferreira — dice «El Siglo» — fue la cantidad de obsequiantes, entre los cuales se hallaban las siguientes personas: Intendente Municipal don Daniel Muñoz, doctores Pedro Visca, Luis Roque Borgues y Juan Andrés Ramírez; ingenieros Juan Monteverde, Juan P. Fabini y señores José R. Muñoz, José Enrique Rodó, Agustín Piera, Francisco Piria, Andrés Carril, Juan Capurro, Arturo Ricard, Arturo P. Vázquez, Remigio Castellanos, Félix Saenz, Guzmán Papini y Zas, César Díaz, Enrique Lemos, Luis Scarzolo Travieso, Arturo Dazzilli, Julián Nogueira, Ricardo Sánchez, Felipe S. Monteverde, Pedro L. Riviére, José E. Calelli, Alfredo Varela, Celerino Travieso, Carlos M. [illegible], Antonio González Crespo, Domingo Laporte, Orencio Galicia, Alfredo Echeverría, Luis Chiozza, Antonio Cura, Eduardo P. Monteverde, Ramón Casas, Pedro Calelli, coronel Pedro Ramos, Federico J. Visca, Orestes Acquarone, L. E. Odin, Amadeo Almada, Angel Adami, Nicolás Revelle, José Marella y Bidoc, Bernardo Larrayoz, Eugenio Martínez Thédy, Miguel Becerro de Bengoa, Faustino M. Teysera, José E. Antuña, Juan Daguó, Víctor Domínguez, Carlos A. de Moneada, Carlos M. Collet, Benito S. Romay, José Casas y Pérez, Hermenegildo Sabat, Pedro Riva Zuchelli, Eduardo Laguardia, Enrique Donati, Benito Pascual, Pedro Etchart, Oscar D'Oliveira, Francisco Arduino Repetto, P. Churaut, Federico Delgado, Remigio Castellanos (hijo), Arturo Dassuri, Daniel Talera Bassa, Juan B. Roca, Luis D. Surraco, Luis Alberto Avallone, Arturo Scarone, Basilio A. Velazco, Luis A. Parma, Luis Morandi, Gerónimo Zolezzi, Manlio Vitale D'Amico, Dermidio De María (hijo), Teodoro Herrera y Reissig, Julián Gordon, Modesto J. Sánchez, Antonio Magdaleno, Martín M. Aguerre, Juan Francisco Blanco, Francisco Pollero, Juan Lanstap, Víctor Dávila, Agustín Gubitosi, Héctor Deffontinis, Severino San Román, Gerónimo Delfino, Guillermo P. Rodríguez y Arturo Dassori.»

«El salón donde se verificó la fiesta — escribe «El Tiempo» — estaba adornado con fino gusto. La mesa dispuesta en forma de una C ofrecía un magnífico aspecto, engalanada con exquisitos bouquets de flores de la casa Cárasso.»

«El sitio de honor, — dice «El Bien» — era ocupado por el anfitrión, señor Ferreira, — teniendo á su derecha al señor Daniel Muñoz, y á su izquierda al señor José Enrique Rodó. A los acordes de una excelente orquesta, que ejecutó un programa variado á maravilla, bajo la dirección del maestro Rossi, y en amena «causerie» se deslizó la comida, reinando en todo el tiempo de su curso, con el ambiente de franca espontaneidad.»

«Al «champagne» — escribe «El Día» — al Plata» el señor Daniel Muñoz pronunció un hermoso discurso, recordando todas las épocas de LA RAZON, las luchas sostenidas, los valerosos redactores que á su lado dieron su libre, deteniéndose á hablar del llorado Samuel Blixén, á quien dejó un entusiástico elogio. Terminó con un ardiente y efusivo saludo y augurio para Eduardo Ferreira. El señor Pedro Riviere leyó después una carta de adhesión del popular escritor Máximo Torres, y el señor Arturo P. Visca una carta del venerable «Mónico». El señor Avallone dió lectura enseguida de los numerosos de muchos que se adhirieron á la manifestación y se excusaban por su inhabilitación insistencia. Al final, el señor Ferreira, evidentemente conmovido, pronunció un elocuente discurso para agradecer las pruebas de simpatías recibidas. Recordó la memoria de Blixén y dijo que el ejemplo del maestro se seguirá para dirigir el periódico.»

ADHESIONES Y EXCUSAS

Remitieron su inasistencia y adhirieron á la manifestación por medio de tarjetas, cartas y telegramas, los siguientes señores: doctores Carlos Travieso, Matías Alonso Criado, Gabriel Terra, José Salgado, Juan Deambrosis, Leopoldo Thévenin, Susvela Guarch, Víctor Pérez Petit y Héctor T. Roselló; y los señores José Pedro Segundo, Francisco Vázquez Cotes, Américo Pinto Marques, Nolasco Betana, Carlos M. Maeso, Dermidio De María, Francisco García y Santos, Guillermo Rosch, Tomás Berreta, Plácido Abad, Luis Queirolo Repetto, Felipe Bóveri, Rogelio V. Mendondo, Arturo Carricarte, Tomás E. Girbaldi, Eduardo López Echandera, coronel Juan Bernassa y Jerez, Francisco Sainz Rosas, Virgilio Scarabelli, Julio Herrera y Reissig, Alfonso B. Crispo, Fermín Carlos de Uruguay de Mello, Emilio Frugoni, Miguel L. Tonteroto, Camilo F. Carpini, Leonardo Rondan, Ismael Cortinas, Manuel Magariños y Miguel P. Lanata, Héctor Dalmiro Vera-cierto, doctor Domingo Arena, Ermete Novelli, doctor Arturo Giménez Pastor, Juan Carlos Maeso, Juan Antonio Zubillaga y Juan Pablo Lavagnini.

Discurso del señor Daniel Muñoz

Señores:

No podemos ni debemos considerar este acto como una fiesta. Es más bien una ceremonia solemne, que tiene la significación de la investidura de un ascenso conferido á quien mejores títulos se reconocen para llenar el claro que abrió despiadadamente la muerte en las filas de «La Razón». Desaparecido el jefe, os toca, señor Ferreira, asumir la dirección de uno de los diarios nacionales de más brillante tradición intelectual, pues en los treinta años que lleva de vida, puede decirse que, con muy contadas excepciones, la mayor parte de los hombres que durante ese período han tenido personalidad especiales en las letras, en las ciencias, en la política, han prestado, ó prestan aún, su colaboración en las columnas de «La Razón».

¡Cuántos de ellos nos ha arrebatado ya aquella implacable pálida vagabunda que «aequo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres»! El primero que cayó fué Prudencio Vázquez y Vega, uno de sus fundadores, mardeler de una sola pieza sin gozres ni visagras que le hiciesen plegadizo á nada que no se ajustase á la rectitud inflexible de sus convicciones; después cayó Teófilo Gil, un espíritu lleno de luminosidad, una conciencia austera, un férvido creyente en la verdad y la justicia, y cayó peleando por los principios de su credo, en la plena luz de la batalla, como mueren los bravos; más tarde (¡un día funesto!), desapareció Carlos María Ramírez, el periodista de mas alto vuelo en la prensa del Río de la Plata, el talento más sólido y á la vez más brillante de todos los que han desfilado en nuestro escenario periodístico, el maestro de todos nosotros, lleno de profundidades su razonamiento y de bellezas literarias la forma en que lo vertía, y de quien la pluma era un formidable arsenal que conmovía hasta en sus cimientos todo cuanto atacaba. Nadie fué como él poderoso luchador, ni nadie lo superó en la violencia temeraria de la imprecación ni en la intención sardónica de la sátira contra los desmanes del despotismo, como nadie tampoco lo excedió en la sinceridad de su apostolado por la paz, desde la época en que, apenas salido de la adolescencia, fundaba «La Bandera Radical», hasta el triste momento en que exhalaba, con su último suspiro, una suprema plegaria para que no volviese nunca á regar los campos de la patria la sangre de sus hijos...

También debemos recordar entre los caídos, á Anacleto Dufort, otro de los fundadores de «La Razón», en quien las duras necesidades de la vida agostaron su savia de inspirado poeta y mortificaron sus aficiones literarias arrancándolo del amor de sus libros para precipitarlo en los azares de la política y obligándolo á cambiar su mesa de labor erudita por un bufete administrativo, en cuya estrechez se sentía como aprisionado su espíritu soñador y romántico.

Y todavía debo continuar esta fúnebre lista recordando á José y Fructuoso del Busto, poeta dulce como Arolas el uno, ardiente polemista el otro, desaparecidos ambos en todo el vigor de la vida, como si el cuerpo privado de la luz intelectual que lo animaba hubiese preferido irse á refugiarse en la lobreguez de la tumba.

Pero si es pesadumbrosa la recordación de aquellos sobre quienes la palma de los años ha suavizado las asperezas del dolor que su muerte produjo, mucho más triste y penosa es evocar la memoria de nuestro último muerto, porque ella está llena de todas las realidades de la vida en nuestra mente; porque de ella está saturada este ambiente en que nos encontramos congregados; porque para todos nosotros Samuel Blixén no es aún la recuerdo sino que es todavía una existencia, y si su cuerpo yace en la tumba, su espíritu flota en torno nuestro, como una bálida llama no extinguida aún por el soplo helado del llanto que todo lo marchita y lo dispersa todo. Samuel Blixén está aquí presente! Lo hemos saludado todos al entrar á este recinto, como á dueño de la casa, porque es el quien aquí nos reune, y sólo es el puesto de honor que en su representación ocupa Eduardo Ferreira. ¡Cuántas preocupaciones os deben embargar vuestro espíritu, lo veo amigo, al veros llamado á reemplazar á Blixén, jefe como era el vuestro! ¡Cuán grande esfuerzo debeis hacer para blandir la pluma que dejó Blixén al abandonarla sobre la lápida de su losa, pudiendo haber dejado debajo aquella arma que en trueque con el alfanje sobre el pabellón de Arlestes «Menos la mano, que estar non posa con Orlando a prova»! Pesa sobre vos una grande responsabilidad y comprendo perfectamente que considereis superior á vuestras fuerzas la asunción del mando que ejercía vuestro antecesor cuyo vigor intelectual admirábamos todos, viéndolo crecer día por día en la fatiga de la lucha, como chispea con mayor brillo el hierro cuando más rudamente se le golpea sobre el yunque.

Yo conocía á Blixén desde su infancia: un niño travieso, turbulento, vivaz; un punto de interrogación viviente que quería todo investigar, escudriñarlo todo y descifrarlo, haciendo preguntas escabrosas é inquietantes á su bondadoso padre, mi viejo amigo don Samuel, hombre de temperamento reposado, espíritu disciplinado en una educación tranquila, metódica en sus costumbres, parco en expansiones, severo en sus reprimendas, formado en ese desarrollo gradual de las razas del norte de Europa, á que pertenecía y en las que nada es prematuro ni improvisado, marchando la mentalidad y el organismo en ordenada evolución, hasta llegar á su completo crecimiento. Grande fué, pues, su asombro al ver la precocidad con que aquel niño rompía la tradición de su abolengo y se alzaba contra las leyes atávicas de su raza sosegada y sumisa, despuntando la lucidez de su espíritu en desacuerdo con su desarrollo físico. Yo lo recuerdo cuando tenía apenas diez años, acompañando á su padre en los paseos que hacía á la villa de Santa Lucía, donde acostumbraban ir á pasar los días festivos, por descanso y por salud, pescando á orillas del pintoresco río. Pero aquellas horas que él consagraba á su reposo y distracción, las veía conturbadas por la zozobra en que el chico lo ponía, ora trepándose á un árbol, ora corriendo por los bordes de los barrancos, ora arrojando piedras á la serena laguna, ora perdiéndose entre los matorrales y sarandíes del monte agreste, obligando al viejo don Samuel á llamarlo á gritos bárbaros y el nombre de Samuelito resonaba en todas la comarca como un clamor necesario, vibrante como un ruego á veces, otras iracundo como una amenaza, ó desesperado como una demanda de auxilio; á ratos suplicante como una voz de mando y á ratos gemebundo con la humildad de una súplica, y aquel angustioso reclamo parecía taladrar la frondosa espesura del bosque, repercutía en los senos de las barrancas costaneras, lo repetían las madrugadas quietas como de molido azúcar amontonado, lo murmuraba la brisa entre los juncos y espadañas que bordeaban las riberas y rodaba de colina en colina, de hondonada en hondonada, amortiguándose gradualmente el eco, hasta desvanecerse en las azuladas lejanías de la campiña...

Hoy le llaman también, pero ya en vano, mil voces concertadas en desmesurada demanda: llaman á Samuel Blixén el cariño de los suyos, la amistad de los muchos en quienes el la había engendrado con las bondades de su alma; la simpatía que á todos inspiraba; la llama el arte, la llama el teatro, la llaman la música y la poesía, las Musas todas que eran las odaliscas de su sérrallo intelectual, haciendo un día su favorita á Calíope y al siguiente á Erato; sentenciando hoy á Melpómene y mañana requebrando á Talía, celozando con todas ellas sin que ninguna esquivase sus caricias, reconociéndolo y acatándolo como dueño y señor del harem pindárico.

Pobre amigo! Yo no puede formar en el cortejo que acompañó sus restos al sitio del eterno reposo, ni puede tampoco darle el postrer abós que, como su maestro y primer director de «La Razón» me correspondía dirijirle; pero, pocos días después, visitando el cementerio, en que tantas afecciones dilectas se anidan, pasé por delante de su tumba y, al descubrirme en tributo de respeto á su memoria, me vino á la mente aquel bisilísimo verso de Shakespeare: «Oh what a noble mind is here overthrown!» Cuán noble ingenio yace aquí derrumbado por la muerte!... Y me parecía que por entre las rendijas de la losa que selaba aquella tumba se oía una súplica suprema, el ruego de Goethe en la hora en que veía oscurecerse los horizontes de su vida: «Licht! Mehr licht!» Luz! más luz! como si la perspectiva de la eterna tinieblas amedrentase á nuestro malogrado compañero acostumbrado á vivir en medio de tantas claridades!

Y ahora, señores, yo os invito á que os pongais de pié en homenaje á la memoria de los muertos de «La Razón», entre los cuales debo todavía recordar á los más que, aún cuando no figuraron en la plana mayor de sus redactores, fueron leales y abnegados soldados de fila: Juan Carlos Ferreira, Nicanor Rodríguez y Manuel López, más cariñosamente conocido en la casa por el diminutivo de Manuelito, con que lo llamábamos todos, desde que entró á la imprenta, cuando era todavía un chicuelo, creciendo en ella hasta hacerse un hombre de provecho. Y pagado este tributo de agradecido y cariñoso recuerdo á los que, compañeros que perdimos, yo os pido que permaneceis aún de pié para saludar á su nuevo Director, también mi discípulo, amigo, espíritu selecto, escritor meritorio, mente bien preparada para afrontar la gran batalla del periodismo. Llegue mis mejores votos, señor Ferreira, porque la grande herencia que recojeis, antes que abandonaros por el valimiento que le dió su constante, os sirva de acicate para estimularos á desplegar vuestras reconocidas facultades. La estela que de su paso por las columnas de «La Razón» dejó vuestro antecesor es tan luminosa que con solo seguir su trazo podeis tener la seguridad de marchar con buen rumbo. No os arredren las estrecheces y asperezas del camino, cuyo recorrido emprendeis recordando que la divisa de los fuertes es: «Per angusta ad augusta!»

VISTA PARCIAL DE LA MESA

Del señor Dermidio De-María

Montevideo, Junio 28 de 1909

Señor D. Eduardo Ferreira.

Muy estimado amigo:

No he faltado á la grata cita de la amistad y el compañerismo. Aquí estoy, por más que no partícipe de los manjares ni de la amena conversación cuyo rumor se mezcla á los alegres estallidos del Champaña. Mi espíritu se encuentra en plena actividad, y atraviesa la distancia para asociarse á las expansiones que en estos instantes dilatan el pecho y hacen bailar en la mente nobles y placidos pensamientos.

Mucho tiempo ha transcurrido desde que Eduardo Ferreira recibía el espaldarazo de caballero en la milicia de la prensa, y si por ventura faltase la confirmación solemne de aquel honor insigne, la confirmación, en forma magnífica y sincera, se manifiesta en este acto, en el que ha congregado á miembros de todas las clases sociales, agenos al periodismo; á veteranos de esa profesión, cargados de experiencia y ricos de saber; á discípulos fervorosos, y, á elementos de otro orden que contribuyen á animar el complicado organismo del periódico, portadores todos de salutaciones cordiales y de ofrendas impregnadas de sentimientos justicieros.

Ha vivido usted envuelto en el ropaje de la modestia, nutriéndose incesantemente con la lectura y la observación, asimilando enseñanzas y aplicándolas con recto criterio á nuestras aspiraciones y á nuestras necesidades. Grande y envidiable es el caudal así atesorado; él rodeará abundantes afectos y en vez de envidias despierta estímulos saludables. Bien pude, mes, recibir hoy el visto bueno popular de su ascenso administrativo á capitán de esa gallarda nave que se denomina «La Razón», quien dispone de una suma de condiciones intelectuales y organizadoras bajo cuya influencia se unan decididamente los caracteres y las voluntades que ejecutan la labor común en estos talleres.

Le invito á estrechar fuertemente mi mano encallecida en la faena periodística, y pido á los hados que le sonría la fortuna en el derrotero que prosigue «La Razón» con creciente velocidad y firmeza inquebrantable.

D. De María

De Máximo Torres

Señor Pedro Riviere—Mi buen amigo: —Imposibilitado de asistir á la fiesta con que hemos querido festimonlar á Eduardo Ferreira nuestros semejantes afectuosos, deseo que mi voz llegue hasta él en el momento de los brindis, como un eco de los muchos amigos y admiradores de su talento, que no podrán tampoco estrecharle la mano en ese momento de gratas expansiones.

He seguido á Ferreira desde su iniciación en la vida periodística y literaria, viendo con creciente placer como sube, ganando los peldaños con buena fe y conquistando al fin su puesto de vencedor, donde las auras del concepto público, una sólida reputación de escritor erudito y ameno, ceñen su frente. La popularidad que rodea su nombre no la ha marcado: es siempre el mismo modesto obrero del pensamiento, el humilde amigo de sus amigos y el corazón sano, muy sano, que no han podido contaminar las miserias ni quebrantar las adversidades de la vida. Esta noche se sumerge con esa sonrisa amable, algo triste, que dibujan sus labios cuando quiere conjurarse. Pero qué no se conjure por haberlo sacado de la casa habitual, para traerlo á la mesa donde los amigos lo miramos con el cariño que inspira su vida noble y sus cualidades de apóstol de ciudad. No se ha hecho impunemente el bien, no se ha tropezado con miércoles de [illegible] á la cúspide y no se tiene la cabeza prematuramente blanqueada de tanto sacarse ideas propias y agenas, para esconderse y esquivar el aplauso público. Que lo aceptó Ferreira, porque lo merece, que lo disfrute, porque lo ha conquistado ampliamente.

Me satisfago que habrá champagne verdadero y no de ese que inventan los [illegible] para comparsa cuando hablan de [illegible] las copas del rico Leon para hacer [illegible] con amor. Apura tú una en mi nombre á la felicidad del buen amigo, del distinguido literato y del talentoso periodista.

Carlos M. Maeso.

Palabras del señor Ferreira

Señores: Unas cuantas palabras, y no por breve menos sinceras, para ofrecer á Vds. el testimonio de mi gratitud. Unas cuantas palabras, no más, que reflejen la impresión honda, con algo de desconcertante, que en mi espíritu deja este instante de mi existencia de diarista, — el mas bello, sin duda, por menos esperado. Sé demasiado bien, porque conozco la pretensión de conocerme, que no es á mis méritos, harto menguados para que tan excesiva recompensa anhelaran, á quienes debo la distinción obsequiosa que de la amistad recibo, y que á la amistad me obliga eternamente. Y sé demasiado bien, y esto me halaga en vez de entristecerme, que tanto la generosidad de espíritu de los que me obsequiaron como el prestigio indiscutible del diario que por una crueldad sin nombre de la vida, es hoy dirigido por quien menos líneas tenía para recogerlo y guardar la herencia de un artista incomparable del pensamiento y de la forma, he hecho en esta ocasión, por mí, mucho mas que los nuevos miembros reales de mi personal y que los muy distinguidos mercedes otorgados al humilde obrero de escritor. Por eso mi gratitud es mas profunda, y por eso la deuda que con Vds. contraigo más difícil de saldar. Una esperanza, sin embargo, me alienta: la de que la influencia que LA RAZON ejerce en todos los que su obra benefactora bañan, y el entusiasmo que el espíritu de lo que vi de sano y magnífico le dieron despierta en todos los que amamos con amor verdadero las nobles luchas de la idea, hará de impedir que se defrauden totalmente las que un rasgo amable de bondad mas que un sentimiento exclusivo de justicia, han puesto y ponen en mis arrestos de escritor, pero convencido y leal, eso sí, obrero del diarismo montevideano. Y esa esperanza, que es una fuerza para los que de otras fuerzas carecen, y para quien como yo, ha creído y cree siempre que la más débil tradición de un cerebro claro abre mayor surco en el alma de los individuos como de las sociedades que el esfuerzo robusto de infinidad de brazos reunidos, es la que ha abatido todos los escrúpulos que sobre mi espíritu tendió el obscurecimiento del delicado puesto que la desaparición brusca e impresa de Samuel Blixén dejó vacío —y que vacío sigue y seguirá siempre para los que sus compañeros fuimos,— y la que dominó las resistencias que el simple anuncio de esta fiesta, que mientras soñé, y que sueño mas que realidad se me antoja ficción, levantó á montones en el fondo de mi ser. Caen los mas sólidos edificios, los más vigorosos organismos se desmoronan, y lo que nos parecía inconmovible en montón de ruinas se convierte al mas ligero entorpecimiento, la del engranaje que mueve y alcanza los humanos destinos. Lo único que no muere, porque es más fuerte que la Muerte y que el Tiempo, es la semilla que los cerebros privilegiados arrojan á la inmensidad, para que la inmensidad la desarrame á todos los vientos, y cuyas frutas se reproducen y perduran á través de todas las vicisitudes, á través de todas las convulsiones, á través de todos los cataclismos. Y es la semilla á mano llena sembrada en las columnas de LA RAZON por espíritus superiores como los de Prudencio Vázquez y Vega, de Teófilo Gil, De Daniel Muñoz, de Anacleto Dufort y Alvarez, de Manuel B. Otero, de Carlos María Ramírez, de Martín C. Martínez y de otros muchos en otras épocas, — y la que con pródiga mano dejó [illegible] el temperamento de Samuel Blixén en el vertiginoso abismo de su pasado postrero,—el más rápido y más fecundo también, por los más altos cumbres, para el familiares, de la prensa diaria.—los que han permitido y permiten á las que detrás de ellos vamos ascendiendo trabajosamente el camino de la vida mantener la eterna juventud, la eterna lozanía, la eterna salud de esa hoja de publicidad de todos querida, por nadie repudiada, que puede haber tenido sus ocasos, como los tiene el sol, con ser el sol lo que es, pero que á cada desfallecimiento se ha alzado con nuevos bríos y que en cada renovación, que unas veces se ha llamado Alfredo Dufort, otras Juan Andrés Ramírez, ó Julio Piquet, ó José R. Muñoz, Juan Antonio Zubillaga, Juan Godoy, ó Luis Scarzolo Travieso, ha logrado acentuar la robustez de la savia que se ella exponían anteriormente, pero los que al mundo generosamente la derramaron. Savia robusta si, como de robustas plantas externas, que explican y justifican la honrosa tradición que se ha conquistado fuera y dentro del país. Tradición de cultura en la forma, de elevación en el pensamiento, de energía en el concepto. Tradición de ingenio y de elegancia, de respeto á todos y de respeto á sí mismo, de prácticas ciudadanas austeras y de actividades sociales expansivas. Cátedra de agilidad de cerebro y de alcance imponderable con Daniel Muñoz, encarnación maravillosa del travieso y sesudo bachiller inmortalizado por Cervantes en la más humanal de las obras castellanas y cátedra de ciencia pulcra, de ciencia filosófica, de elevadas verificaciones de la inteligencia y de espíritu con Carlos María Ramírez, la cabeza de periodista mejor organizada entre las mejores organizadas de la América del Sud. Y esa tradición, que es la de los nos halaga, porque algo recuerda de nuestros anhelos y de nuestros sufrimientos, de nuestras inquietudes y de nuestras alegrías—tradición que Samuel Blixén ha remozado con la esplendidez de su talento, con las magnificencias de su espíritu, con las delicadezas de su temperamento artístico,—amoldando el diario á los modernos gustos y ajustando los modernos gustos á los gustos propios —es lo que hoy nos congrega aquí, y lo que aquí celebramos con placer, por mas que otro nombre se haya dado á esta fiesta y por más que ella refleje realmente sobre mí, el más humilde de los que por la dirección del diario han cruzado, las agasajos y las simpatías que los que me han precedido merecían y merecen exclusivamente en rigor de equidad. Para los que fueron, pues, el más fulgor de nuestros recuerdos, y para los que quedan, el más expresivo de nuestros brindis... Señores: levantemos la copa por el amalgador de LA RAZON aquí presente, por uno de sus más gloriosos fundadores y al único que, en realidad, ha ocupado por derecho propio, el puesto principal en esta mesa: por Daniel Muñoz!

VIAJES CIRCULARES

Deliciosas, las modas del día!...

Uno se vé obligado á girar tres veces alrededor de una dama para saber si es nuestra conocida.

La gente que se divierte

El Centro «Normo»

El próximo sábado (3 de Julio), se realizará en los salones del «Círculo Napolitano», calle Sarandí esquina Cerrito, el 47.o baile social del distinguido y acreditado centro «Normo».

Esta fiesta logrará alcanzar brillante éxito, pues sabemos que se hacen muy buenos preparativos con ese fin, y es por demás satisfactoria la animación reinante entre el crecido número de invitados. Por otra parte, es pública ya la gran animación que la corresponsalía al progresista centro «Normo» en la celebración del baile en honor y beneficio del «Círculo de la Prensa», efectuado el último sábado, lo cual alcanza á colocarlo entre los centros sociales más bien preparados para la realización de fiestas familiares.

El registro de invitaciones continúa abierto en la secretaría social, calle Isla de Flores 165, á toda hora del día.

«Amor y lucha»

El domingo próximo, á las 2 de la tarde, se realizará en los salones de la Sociedad Francesa el 7.o matinée del «Centro Amor y Lucha», el que cuenta con gran prestigio entre las sociedades recreativas de su índole.

El programa de baile que se ha confeccionado para esta fiesta es sumamente variado é interesante, figurando en él las piezas más modernas.

El registro de invitaciones está abierto en la secretaría de la sociedad, calle Juan C. Gómez 63.

La compañía Réjane

SU ARRIBO Á RÍO DE JANEIRO

Una brillante temporada artística en perspectiva

En el «Avón» llegó el 28 á Río, la compañía francesa, de la que es propietaria y directora la exima Gabriele Réjane. Esperaban á la célebre artista y su elenco, numerosos y espectables representantes de la prensa ciudadana, con el objeto de expresarle su bienvenida y honrarla debidamente.

A las 11 de la mañana del referido día, desembarcó la compañía, siendo saludada con efusión por el numeroso público que la esperaba, y esa misma noche la Réjane y sus acompañantes, partieron para San Pablo, en tren especial fletado expresamente para el caso por el Ministerio de Obras Públicas.

En el teatro Santa Ana de esa ciudad, actuará la compañía, en una serie de doce representaciones, habiéndose fijado el jueves próximo para el debut, con la comedia de Clavio Nicodemi, titulada «Sugerimos», que tanto éxito obtuvo recientemente en París.

Terminada la temporada en San Pablo, la Réjane pasará á Río, donde organizará el programa de representaciones que ha de dar su compañía, en el nuevo teatro Municipal, cuya inauguración ha de corresponderle.

Acompaña á la Réjane, y constituye uno de sus más valiosos elementos, la renombrada artista Mme. Jeanne Fouilon, que goza en el mundo teatral europeo de envidiable nombradía.

EN NUESTRO MUNDO MILITAR

Condena de un soldado

El Consejo de Guerra Permanente ha dictado sentencia en la causa seguida al soldado José Mendieta, de la 1.a compañía del 3.o de infantería, acusado del delito de deserción.

Por esa sentencia se condena al soldado Mendieta á sufrir un año de prisión, debiéndosele descontar el tiempo de deserción preventiva que lleva sufrida, dejando á salvo del Poder Ejecutivo los derechos para exigir en oportunidad el cumplimiento del contrato respectivo.

Diversas informaciones

A informe del Estado Mayor fué pasado el pedido de premio de constancia formulado á favor del soldado Salustiano Martínez.

—A la Escalía de Gobierno fueron pasados los pedidos de pensión formulados por las señoras Petrona Figueroa de Viera, viuda del general Viera, y por la señora Juana Stirling de Vázquez, viuda del coronel graduado Vázquez.

—El jefe de la zona militar norte ha solicitado premio de constancia de primera clase para el soldado Dionisio Balbuena.